

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificción



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

NANORRELATOS Y MICRORRELATOS de Víctor LORENZO CINCA

Número, 3 pp. 223-227

ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-
Sin Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

NANORRELATOS

Propagación

Abandonaron el paraíso con el estómago repleto de semillas.

Declaraciones

Yo, mi amor; tú, la guerra. No me rindo.

Lunático

Ícaro aplazó el vuelo hasta la noche.

Apocalipsis

Primero se extinguieron las cigüeñas; luego, la humanidad.

Sin retorno

El suicida envía al diario su esquila.

Demiurgo

Solo existo mientras me lees, maldito asesino.

Tercer deseo

Pido no haber encontrado jamás esta lámpara.

Disculpen las molestias

La máquina del tiempo llegará con retraso.

Bicho palo

La noche antes de la poda, alardeaba de camuflaje.

Correspondencia bélica

El sudario de Laertes quedó precioso.

Besos,

Penélope

Selección de nanorrelatos de 10 palabras o menos, publicados en el libro-objeto *Llamara(u)das* (Nanoediciones, 2013), prologado por Manu Espada e ilustrado por Juan Luis López Anaya.

MICRORRELATOS

Sentenciado

Lo sacan de la celda poco antes del amanecer y lo suben maniatado a la caja de la camioneta, con otros diez o doce hombres. Tras un corto paseo lleno de baches, curvas, rezos y temblores, le vendan los ojos y lo colocan en el paredón, con otros diez o doce hombres. Ni últimas palabras ni cigarrillo ni nada. Solo un eterno medio minuto de espera en silencio, culminado con el apunten, disparen, fuego. Caen todos los cuerpos menos uno. Entre risas, lo agarran del brazo, le quitan la venda para que pueda ver acribillados a otros diez o doce hombres, y lo vuelven a subir a la caja de la camioneta, como cada mañana desde hace ya ocho años, dos meses y tres días, para llevarlo de nuevo a su celda.

Excursión

El autobús llega con muchísimo retraso, pero eso no impide que los padres sigan esperando delante de la escuela. El primero en bajar por las escaleras, ataviado con un pantalón corto y un pañuelo anudado al cuello, es Carlos. A sus padres les cuesta un poco reconocerle, con ese pelo cano y esos surcos en la frente, pero en cuanto lo ven sonreír, se disipan las dudas y levantan los bastones para que sepa que son ellos. Después baja Pedro. Está tan cambiado, pese a llevar la misma ropa, que tiene que ser él quien se acerque a su madre. ¿Y papá?, pregunta, ¿no ha venido? Intenta resistirse pero, en silencio, no puede evitar que una lágrima responda por ella. Luego salen del autobús, juntos, Marta y Juan. Los padres de ella la reconocen al instante porque la niña que llevan de la mano es clavadita a la Marta que subió a ese mismo autobús hace ni se sabe. Los de él, lo reconocen por la peca encima del labio. Poco a poco, menos atropelladamente que cuando partieron, van descendiendo todos del autobús. Repartidos los recuerdos y los regalos que han traído consigo para los padres, el gentío va dispersándose. Quedan solo unos pocos, que todavía buscan, en vano, una mano que les acompañe a casa.

Tresdé

Me coloco un par de gafas de los cuatro que regalan con el televisor, me acomodo en el sofá y le doy al play. Todo es tan real que un arbusto cruza rodando y aparto instintivamente los pies. El protagonista aparece entonces en pantalla. Camina con decisión hacia mí, se sienta en el sofá, a mi derecha, y se coloca otro par de gafas sin decir nada. La silueta de una chica se dibuja ahora en el punto de fuga de la calle. Va acercándose poco a poco, creciendo entre gritos y reproches. Giro la cabeza, miro al protagonista, y él responde con una mueca de disimulo. Ella, de pie, nos observa fijamente. A los dos. Le lanza una mirada de resentimiento y, tras colocarse el tercer par

de gafas, se sienta a mi izquierda. En la pantalla aparece un coche, abre su puerta y escupe al antagonista. Tras mirar a ambos lados, alza los hombros, viene hacia nosotros, se coloca el último par de gafas y se sienta junto a la chica, muy cerca. Seguimos mirando la pantalla pero, sin ellos tres en la película, esta carece de interés. Propongo bajar al bar, tomar unas cañas y charlar sobre cine. Todos de acuerdo. Cojo el mando, pulso el stop y me quedo, de nuevo, solo en el sofá.

* Estos tres microrrelatos permanecen, a día de hoy, inéditos.